



LOS
IN-
SOSPECHABLES

LA TENTACIÓN
DE LAS ARMAS DE FUEGO

PATRICK DEVILLE

LOS
IN-
SOSPECHABLES

DIRECCIÓN LITERARIA
Philippe Ollé-Laprune

DIRECCIÓN EDITORIAL
Rodrigo Fernández de Gortari

COORDINACIÓN EDITORIAL
Luis Ernesto Nava Buenfil

DISEÑO DE PORTADA E INTERIORES
Tres laboratorio visual | Jorge Brozon Vallejo

TRADUCCIÓN
Claudia Itzkowich Schñadower

COTEJO DE TRADUCCIÓN
Diana Goldberg

1ª edición: marzo de 2016

TÍTULO DE LA EDICIÓN ORIGINAL
La tentation des armes à feu
© Éditions du Seuil, 2006

D.R. © *Sorocabana*, música compuesta por Jérôme Lemonnier, 2006

D.R. © Fotografías, Éditions du Seuil, 2006

D.R. © 2016, Vanilla planifolia, S.A. de C.V.
ISBN: 978-607-96636-6-7

www.vanillaplanifolia.com | info@vanillaplanifolia.net

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de los editores.

Este libro fue publicado en el marco del Programa de Apoyo a la Publicación de la Embajada de Francia en México / IFAL y del Institut Français.

IMPRESO EN MÉXICO | PRINTED IN MEXICO

LA TENTACIÓN
DE LAS ARMAS DE FUEGO

PATRICK DEVILLE

TRADUCCIÓN | CLAUDIA ITZKOWICH SCHÑADOWER

ÍNDICE

1.	13
<hr/>	
UNA FOTO EN MONTEVIDEO	
VIDA & MUERTE DE BALTASAR BRUM	
2.	37
<hr/>	
EXPRESO TRANSCAUCÁSICO	
VIDA & MUERTE DE SERGUÉI ESENIN	
3.	69
<hr/>	
UNA PELÍCULA SIN ARABIA	
VIDA & MUERTE DE UN TRAIADOR IMAGINARIO	
4.	93
<hr/>	
EL ESTACIONAMIENTO DEL PAPAGAYO	
UN PEQUEÑO SALÓN DE BAILE PERDIDO	

Cuento infinitamente con los azares hermosos,
asistidos por mi aptitud para saltarles encima.

VICTOR SEGALEN

I.
UNA FOTO EN MONTEVIDEO
VIDA & MUERTE DE BALTASAR BRUM

Si mi deseo se agotara, o si me entrara nostalgia
por la compañía de mis compatriotas, emprendería
simplemente la huida, sin titubear.

ALDOUS HUXLEY

ALGUNOS LIBROS –Y QUIZÁS ESTE MISMO– ESCOGEN POR SÍ solos el asilo de nuestras bibliotecas. Semidioses un tanto jodones, para lograr sus propósitos son capaces de manipular a los humanos y de suscitar para nosotros aquellos azares que, en virtud de una especie de acuerdo tácito, preferimos a menudo callar: una joven inglesa, rubia y frágil, a quien había invitado a cenar una o dos veces el invierno anterior, me había acusado de jugar con ella a *Después de los fuegos artificiales*.

Yes! After the Fireworks!

Era una época en la que vivía solo la mayor parte del tiempo en una casa en L'Océan, al borde del Atlántico. Había aparecido ahí muy tarde una noche y, aturrida por el alcohol, se había volcado en una gesticulación alucinada, durante la cual interpretaba uno por uno a los personajes de la novela, a lo cual seguía un largo berrinche silencioso en el límite de la postración, sentada al borde de un sillón. Enroscaba su cabello rubio, corto, con la yema de los dedos, pasaba la punta de la lengua sobre el *piercing* plateado de su labio superior y miraba fijamente el espacio del tapete entre sus tenis. Yo nunca había leído *Después de los fuegos artificiales*, cuya existencia tuve que admitir ignoraba incluso.

Varias semanas después de haber desaparecido, me había llamado una tarde desde Hamburgo, del fondo de su camerino de cantante en gira, o de una institución médico-psicológica, nunca entendí muy bien. Aconsejada por un amigo psicoterapeuta o enfermo mental, enumeraba por teléfono una serie de coincidencias sin sentido que en su delirio sí lo tenían, y demostraban que en efecto yo estaba jugando con ella el mismo juego que el escritor Fanning

jugaba con la protagonista de *Después de los fuegos artificiales*, obra que ella decía haber extraído al azar de la biblioteca londinense de su padre. Ante sus ojos extraviados (y quizá también ante los de su amigo, al que imaginaba sentado al lado de ella, en bata blanca), yo presentaba la circunstancia definitivamente agravante de haber publicado, unos años antes, una novela que había intitulado *Los fuegos artificiales*.

Le había asegurado por milésima vez que nunca había leído la de Aldous Huxley y, al día siguiente, un librero me había informado que la traducción francesa se había agotado desde hacía mucho tiempo.

Tres meses más tarde, en julio de 1996, estaba yo en Montevideo y caminaba por la Rambla Costanera Francisco Lavalleja, con el vago proyecto de enriquecer mi colección personal de cursos de agua y ríos del mundo. A mis pies observaba los torbellinos grisáceos del arroyo del Miguelete, por donde se deslizaban bolsas de plástico. Pensaba en otra joven, morena, a quien llamaba en secreto la Gran Infanta de Castilla.

Vivíamos en ese entonces una pasión tan violenta y tan poco erótica que quizá, tanto uno como el otro, pensábamos no merecerlo. Los días nos dejaban insatisfechos, no podíamos evitar llamarnos por teléfono sin cesar, lanzarnos al volante por las carreteras para correr y estar juntos de nuevo. Yo cerraba de golpe la puerta de un viejo Mercedes blanco como habría ensillado un caballo, y dejaba la costa atlántica a todo galope bajo la lluvia. De inmediato era yo un oficial ruso en uniforme de gala corriendo a alcanzar a una princesa. Era Mehmet II a los veinte años, erguido sobre su corcel blanco, y franqueaba las puertas de Bizancio vencida. A mi llegada, por supuesto, ya no hallábamos qué decirnos, lo único que lográbamos era mirarnos fijamente al fondo de los ojos en silencio, como si fuésemos a jugar a la *barbichette*.¹ Uno reprochaba al otro por arruinarle la vida

¹ Juego en el cual los contrincantes se toman de la barbilla y se miran a los ojos: el que ría primero, pierde.

de esa manera, por no estar a la altura de un amor que nos destrozaba a los dos, y me había escapado.

La había abandonado en Francia, en pleno verano, para ir a refugiarme en un invierno austral que parecía susceptible de refrescarme las ideas y de sentarle mejor a mi talante huraño. La noche antes de mi partida, habíamos tomado juntos una copa en el casino de L'Océan y me había comprometido a no darle más noticias antes del otoño del hemisferio norte; ni carta, ni teléfono, y entonces veríamos.

Sobra decir que, de pie en mi abrigo de invierno y con las manos en el fondo de los bolsillos, sobre las frías aguas del arroyo del Miguelete, al cual no contemplaba precisamente precipitarme, lamentaba ya esa resolución. Y que quizás habría regalado una de mis manos para poder, con la otra, acariciar su largo cabello negro y muy lacio –casi asiático.

A pesar de la inmensa belleza de los afluentes del mundo, del esplendor de los ríos y de los estuarios, se puede sentir una ternura particular por el muy modesto curso del arroyo del Miguelete. Quizá porque es una historia simple y banal como una canción de amor realista, un “bolero” que comienza bien, y que termina mal. El arroyo del Miguelete nace en el norte de Montevideo, en la pampa de Uruguay, cerca de Canelones.

Después de haber abrevado concienzudamente a miles de vacas y regado millones de eucaliptos (que, en cinco años, ya estarán cortados en pequeños troncos rojos y crepitarán entre las brasas de la “leña”, bajo la carne de estas mismas vacas hechas “asado”), se desboca en las afueras de Montevideo con la impaciencia de un joven palurdo, descubre estupefacto los barrios de lámina y llantas viejas donde aún sobreviven algunos huertos, bordea como un padrote el Cementerio del Norte, antes de dejarse acorralar por las orillas de cemento de la rambla Francisco Lavalleja, dominadas por las casas de la calle Eusebio Valdenegro.

En los años treinta de este siglo, Baltasar Brum vivía en una de esas casas.

Yo había visto por primera vez, la noche anterior, en ese mes de julio de 1996, una fotografía de Baltasar Brum, en un pequeño marco dorado de madera, en el fondo de una tienda de anticuario del mercado de pulgas de la calle Tristán Narvaja, adonde paseaba mi pena como a un perro demasiado fiel entre los muebles polvorientos, los fonógrafos con bocinas en forma de trompeta y los ventiladores eléctricos, de los cuales no tenía una necesidad inmediata. Era una fotografía en blanco y negro del 31 de marzo de 1933. Mostraba a Baltasar Brum de pie sobre el rellano de una puerta, con los brazos colgando a los costados del cuerpo y un revólver en cada mano.

Era una de esas puertas de las viejas casas de Montevideo que permiten el paso de un “gaucho” erguido sobre su caballo y tocado con un sombrero. Rematada, seguramente, con vidrios de colores en forma de abanico, en tonos violeta y amarillo, que proyectaban detrás suyo, sobre la losa del vestíbulo, grandes trapecios de luz. El rostro de Baltasar Brum, volteado hacia el hombro izquierdo, sugería que el fotógrafo, al imprimir, había eliminado a un personaje muy cercano, quizás una mujer, a la cual se le ofrecía esa mirada de amor desengañada, nostálgica, la mirada sosegada de aquel que se va a volar los sesos dentro de unos instantes, ese 31 de marzo de 1933, y nunca se había sentido tan vivo como en ese mismo segundo.

Baltasar Brum tenía entonces cuarenta y nueve años.

El 31 de marzo, en Montevideo, es casi el final del verano. Las “calandrias” (*Mimus saturninus*) cantan en los sicómoros enrojecidos, alineados al borde de las calles.

Yo había subido los escalones hacia la intemperie. Y, unas cuantas decenas de metros más adelante, me había olvidado ya de la tienda en el entresuelo, de los muebles amontonados y de la fotografía, cuando encontré, en el puesto de un librero de la avenida Colonia, un ejemplar muy viejo de *Après le feu d'artifice* de Aldous Huxley, traducido al francés por Jean Ably, que se terminó de imprimir en París, en la Librairie Plon, en 1936.

Que un libro de pasta blanda en ese estado, con el lomo desgarrado, en lengua extranjera, con el papel amarillento al borde de la descomposición, pueda venderse, aunque sea en cinco pesos, debe devolver la confianza en el oficio. El librero abrigado con una *parka* me había dado la mano calurosamente. De su sonrisa se elevaba un vapor blanco en el aire helado.

Por primera vez en meses había vuelto a pensar en esa frágil joven inglesa y en su acusación delirante. Sin abrirlo, había puesto el libro sobre el escritorio del departamento que ocupaba en ese entonces, en el barrio de Pocitos, cuyos ventanales de piso a techo enmarcaban, más allá de las palmeras de la rambla República del Perú, las aguas grises del Río de la Plata.

El azar de mis relaciones de aquella época había convertido ese departamento, que me prestaban en el pasaje Ponce de León, en una verdadera armería, la cual supuestamente yo debía cuidar de alguna manera; revólveres y fusiles bien engrasados ocultos en el fondo de los armarios. Y a veces, de noche, solo, cuando los ventanales se transformaban en espejos donde la luna del hemisferio sur crecía al revés, me hacía pasar por un blanco, con el brazo extendido, de perfil, con una *riot gun* en la mano, para un duelo imaginario.

Aquel mediodía, cargueros rojo con negro se deslizaban por el “Río” con destino al puerto de Buenos Aires, en la otra orilla. Y la mera presencia del libro en primer plano sobre el escritorio, como una lámpara de Aladino oxidada reencontrada en el fondo de un zoco, bastaba para evocar el holograma bifronte de un rostro femenino muy joven, con el cabello rubio corto y un gesto ceñudo de un lado y, del otro, la sonrisa triste de la Gran Infanta de Castilla rodeada de su largo cabello lacio y muy negro. El ejemplar de *Après le feu d’artifice* llevaba en la guarda el ex libris del doctor Germán G. Rubio, con dirección en la Avenida 18 de julio, la arteria principal de Montevideo sobre la cual, en los años treinta de

este siglo, automóviles de grandes ruedas delgadas circulaban todavía a la inglesa, del lado izquierdo, evitando los rieles del tranvía.

Nunca había vuelto a llamar a esa joven cantante inglesa, a pesar de que tenía un número suyo en Londres, de casa de su padre, pues presentía que cualquier intervención de mi parte sería percibida inevitablemente como una maniobra más de mi supuesto plan diabólico. Y tampoco había tenido nunca noticias de esa muchacha frágil que por su parte quizás había logrado olvidar hasta mi existencia y la del libro, una vez que logró endosarme la maldición de *Después de los fuegos artificiales*.

A pesar de la repulsión táctil que me inspiraba, había emprendido su lectura en Buenos Aires unos días más tarde. Y me lo había llevado a Chile, donde la tormenta del Pacífico sobre Valparaíso y el amor de la Gran Infanta de Castilla, Viña del Mar desierta, con las calles invadidas de arena mojada, la inactividad y la curiosidad –coludidos–, me habían ayudado a dar vuelta a sus páginas absolutamente repulsivas, en el fondo de un cuarto de hotel que no lo era mucho menos.

En los años treinta de este siglo, en Roma, el escritor Fanning se entretiene seduciendo a una mujer muy joven, a quien obliga a dejar a un pretendiente de su edad. “La pasión está divorciada del entendimiento” (escribe Huxley, que no tiene mucho más de 40 años), “y el deseo del hombre maduro se aferra con una violencia casi demencial, precisamente a esos cuerpos jóvenes descaradamente frescos que albergan las almas más extranjeras...”.

En el comienzo mismo de un amor absoluto, cuando la joven ha dejado finalmente a su novio y se le entrega a él, Fanning huye y le deja una carta categórica. “Cuando recibas esta carta estaré, no muerto, a pesar de saber lo emocionada y orgullosa que estarías, mientras durase tu pena inconsolable, si me volara los sesos, no muerto sino (lo que será casi peor en estos días de canícula) en un tren, con destino a un refugio anónimo.”

La lectura de *Después de los fuegos artificiales* era en parte responsable de la idea estúpida que había tenido, tras mi retorno a Santiago, al salir solo de un restaurante de la Alameda a mitad de la noche y, debidamente envalentonado a fuerza de “pisco sour”, de traicionar mi promesa y llamar a la Gran Infanta de Castilla para gritarle mi amor a mitad de lo que, para ella, debía ser la hora tranquila y soleada del desayuno al borde del Atlántico, en pleno verano, del otro lado del planeta. El dios benévolo de los alcohólicos o un humano cualquiera, hacia quien sentí enseguida el odio más grande, se las había ingeniado para que no estuviese en su casa. El teléfono sonaba en el vacío. Y yo me había quedado dormido pensando en el doctor Germán G. Rubio, el alemán blondo y bibliófilo de Montevideo que, en los años treinta de este siglo, hacía el pedido de sus libros a París y esperaba un mes a que llegaran por barco.

Cincuenta años después de que, gracias a él, éste hubiese atravesado el Océano Atlántico, no me disgustaba haberlo hecho atravesar los Andes y, si hubiese encontrado aquella noche a un japonés a punto de volar a Tokio, tal vez lo habría deslizado en sus maletas.

Me había preguntado, en caso de que se encontrase la mañana siguiente mi cadáver agujereado por una bala, en ese cuarto de un hotel de la comuna de Los Condes en Santiago de Chile, quién podría comprar los libros de mi biblioteca, esparcidos sobre las banquetas, y adónde los llevarían. En qué nueva historia se verían involucrados. Como si todos esos libros alineados, entre los cuales figura hoy *Après le feu d'artifice*, esperarán mi muerte para elegir a su nuevo dueño y trastornar su vida.

Durante los dos años que siguieron, no creo haber pensado una sola vez en la fotografía de Baltasar Brum.

FEUX CROISÉS
ÂMES ET TERRES ÉTRANGÈRES

ALDOUS HUXLEY

APRÈS
LE FEU
D'ARTIFICE

Traduit de l'anglais par

JEAN ABLY



LIBRAIRIE PLON . PARIS

4^e mille

EL DOMINGO DE PASCUA DE 1998, DOS AÑOS MÁS TARDE, yo estaba llegando de Nicaragua y caminaba de nuevo en la calle Tristán Narvaja de Montevideo –mucho tiempo después de que la Gran Infanta de Castilla me hubiese abandonado de todas maneras, quizá porque nunca la había llamado aquel verano.

Pocas ciudades en el mundo logran rezumar tanta nostalgia como Montevideo. Estaba esperando la apertura del café Sorocabana, haciendo tiempo en las tiendas del entresuelo del mercado de pulgas, como si fuese a descubrir ahí una vieja razón para vivir, con descuento, pero en un estado aceptable, y me topé, como en el fondo de un pozo, con la fotografía de 1933 cuya existencia había olvidado desde hacía dos años.

Y al parecer, aquella existencia había sido olvidada por todos, ya que la fotografía estaba colgada desde hacía dos años, por lo menos, en su marco dorado de madera, arriba de los muebles polvorientos, y no se había vendido todavía.

Yo reencontraba la dulzura de la mirada de Baltasar Brum como se reencuentra a un amigo tras dos años de separación, intentando descubrir en su rostro el paso del tiempo. Pero la mirada expresaba la misma latitud y la misma serenidad ante la muerte inminente. Los brazos colgaban a los costados del cuerpo. Y en las manos, los mismos revólveres de acero Smith & Wesson del mismo calibre, un juego para el duelo, probablemente salidos de un estuche tapizado de fieltro rojo, parecían casi blancos.

Este hombre estaba la noche anterior en el teatro Solís.

A media representación ha vuelto a toda prisa a su domicilio en el centro, por Río Branco y Colonia. Acaba de enterarse del golpe de estado de Gabriel Terra.

Baltasar Brum no ha dormido en toda la noche y lleva todavía su smoking negro, su pantalón a rayas y sus zapatos de charol. Sólo la camisa y la corbata —¿o pajarita?— han desaparecido, quizás al aventarlas por encima de su escritorio, hacia la caja de cartón de las municiones. Al alba, se puso su saco directamente sobre el torso desnudo y lo abotonó antes de salir hasta el rellano de la puerta, empuñando los revólveres. En torno a la fotografía, el tiempo parecía haberse detenido, el curso de la historia se había congelado en las sales de plata del baño fijador y, sin embargo, en dos años, me parecía que una aureola de humedad había alcanzado el borde inferior derecho, cerca de la firma del fotógrafo, Caruso, y del letrerito mediante el cual el anticuario pedía la considerable suma de quinientos pesos.

Había salido de Montevideo la mañana siguiente hacia La Paloma, donde Juan Carlos Legido me prestaba su pequeña casa de escritor justo al borde del Atlántico. Tenía planeado clasificar ahí, con tranquilidad, mis apuntes centroamericanos, y retomar la escritura de mi *William Walker*, en proceso. Del cielo gris se desplomaban cortinas de lluvia y la noche caía a las cinco de la tarde. Había invitado a unos amigos a quienes ese clima ponía neurasténicos y habíamos comenzado a beber whiskies en un bar de la estación balnearia desierta, que recordaba a L'Océan en el mes de noviembre. Luego habíamos corrido bajo las trombas de agua hasta el restaurante de La Balconada donde el dueño, amigo de Legido, se había jactado, un poco rápido, de haber preparado en la semana cuarenta botellas de “butiá”. Nos había dado amablemente la receta de este alcohol doméstico que se prepara en abril, al inicio del otoño, dejando macerar en la “caña” los frutos redondos de unas palmeras salvajes que parecen ciruelas mirabel.

Al tiempo que le remataba una parte nada desdeñable de su cosecha anual, bajo el efecto eufórico de la “butiá”, les había yo hablado de esa cantante inglesa, rubia y frágil, y de *Después de los fuegos artificiales*, del cual había comprado un ejemplar en francés en Montevideo dos años antes, el mismo día en que había descubierto la fotografía de Baltasar Brum, que acababa de encontrarme de nuevo tras haber olvidado su existencia durante dos años.

El libro y la fotografía no tenían, objetivamente, nada que ver, como quizá no tengan nada que ver los dos ovillos del espacio y del tiempo, si bien el entrecruzamiento de sus hebras termina por tejer el suéter de la vida y vestirme para el invierno. Raquel, entusiasmada, me había contado los acontecimientos de 1933 en Montevideo, al menos lo que sabía, ya que el suicidio, o el sacrificio de Baltasar Brum, seguía siendo en parte un enigma. Y me había pedido llevarla, a nuestra vuelta, a ver la fotografía en esa tienda de la calle Tristán Narvaja.

En los años treinta de este siglo, el impulso de la crisis de 1929 no había terminado de derribar las piezas de dominó en todo el planeta y Aldous Huxley publicaba *Un mundo feliz*. El personaje caudillesco de Getulio Vargas emergía en Brasil. Golpe de Estado del general Uriburu en Argentina. Entre los dos, en Montevideo, en la capital del Estado más pequeño de América del Sur, Baltasar Brum había sido, durante algún tiempo, miembro del Consejo Nacional de Administración, elegido democráticamente, de Uruguay, del que había ostentado durante un año la presidencia rotatoria. Por su parte, al final de su mandato, Gabriel Terra había preferido dar un golpe de Estado en contra de sí mismo, un autogolpe, para poner fin al juego de las sillas musicales y conservar el poder.

Habíamos vuelto a Montevideo a bordo de un Jeep Cherokee por atajos y bajo la lluvia, después de atravesar Rocha, Minas y Solís de Mataojo. Cuando percibíamos, detrás de los limpia parabrisas, un largo racimo de frutos amarillos y

lustrosos en una palmera salvaje no tan alta, deteníamos el auto y llenábamos la cajuela con el fin de preparar nuestra propia butiá en el departamento de Pocitos. Bordeábamos de tanto en tanto las antiguas vías del tren de la costa, que unía todavía, en los años treinta de este siglo, a la capital con Punta del Este. En la cima de cada poste abandonado, chueco, a lo largo de los rieles sepultados en el pasto verde y húmedo, una pareja de horneros ocupaba su nido de tierra roja, cuya única entrada parecía el caracol de una oreja.

Acostado en el asiento de atrás, les había confesado, entre dos cosechas de frutos de las palmeras salvajes, que *Después de los fuegos artificiales* se había deslizado hasta mi biblioteca a mis espaldas, y había trastocado mi vida. Dos años antes, cuando comía en un restaurante de Con Con, en Chile, un pueblo cuyo nombre por sí solo puede resumir mi actitud,² mientras del otro lado de los ventanales unas focas azotadas por la lluvia se sumergían en el océano glacial, yo había copiado un extracto de la novela, abierta frente a mí sobre el mantel, el final de la carta del escritor Fanning a la muchacha, con el proyecto idiota de enviárselo a la Gran Infanta de Castilla: “De modo que este gran amor, si estuviésemos lo suficientemente locos como para embarcarnos en él, sería una carrera a través del aburrimiento, el desacierto, la desilusión –hacia el paredón final de la crueldad y de la traición. ¿Quién de los dos tiene más probabilidades de ganar la carrera? Las apuestas, a mi parecer, están más o menos parejas, con una ligera tendencia a mi favor. Pero no va a haber ganador ni perdedor por la simple razón de que no va a haber carrera. Te amo demasiado”.

Entre semana, en Montevideo, el mercado de pulgas está cerrado y la calle Tristán Narvaja desierta. Los sicomoros dejan caer gota a gota su tristeza húmeda sobre las banquetas maltrechas. Sobre la cortina metálica de un estacionamiento, en una superficie de varios metros cuadrados, había

² Con en francés significa “idiota”, “pendejo”.

una reproducción de la fotografía del Che acostado, muerto, sobre el lavadero del hospital de Vallegrande, con pintura amarilla y violeta, como de un “mural” mexicano. Estaba atravesada con el eslogan contradictorio “¡El Che vive!” y firmada “Tupamaros”. Y yo recorría ese estacionamiento, y su cortina metálica revolucionaria, pensando en mi primer contacto con Uruguay, en 1976, que había sido el encuentro, en Francia, con el cantante exiliado Daniel Viglietti.

El Cono Sur de América Latina estaba entonces bajo el yugo de las dictaduras y de la Operación Cóndor, y me habían encargado recibirlo en una estación y acompañarlo de un concierto de protesta a otro. Yo tenía diecinueve años y, por razones político económicas, conducía un Citroën 2 cv casi en sus últimas. Antes de separarnos, me había regalado su disco *Canciones chuecas*, de Chant du Monde, con una dedicatoria a “P, quien sabe que la Historia es como un cochecito muy viejo que todo el tiempo amenaza con detenerse, ‘pero continúa y llega a destino’”.

Los desplazamientos en el espacio no son nada. Sólo las idas y vueltas en el tiempo son vertiginosas, al hacernos sentir su dulce y temible relatividad: este disco me lo regalaron ayer y la aritmética es escandalosa, al pretender que desde entonces ha transcurrido tanto tiempo como entre la muerte de Baltasar Brum y ese concierto. Y quizá por eso Fanning huye. Porque es viejo. Porque le llegó el momento en el que cualquier persona más joven es un marciano o una marciana muy bonita, de la cual por supuesto es posible enamorarse con locura, pero que vive en un espacio-tiempo inalcanzable, un mundo paralelo, un aviario del otro lado del universo. En la calle Tristán Narvaja, sólo la tienda al aire libre del pajarero estaba abierta. Y me había quedado mucho tiempo, doblado a la mitad, tratando de identificar a los cautivos.

El sótano del anticuario estaba cerrado, pero un vecino me aseguraba que podría encontrarlo en una hora.

Me había ido a leer un periódico al café de la esquina, también una antigüedad, misma que el dueño podría vender

en pedazos pequeños, o bien de un solo golpe, a un estudio de cine, para una película cuya acción se ubicaría en los años treinta y en la cual, de hecho, él podría interpretar al *bistrotier* de los años treinta. Sobra decir que en un momento dado de esa película se escucharía la canción “Montevideo” de Rina Ketty, compuesta en 1939.

Al recordar los días felices
Ya sólo quiero soñar con el regreso
Y quedarme cerca de ti para siempre
Mi maravillosa Montevideo...³

Incluso más allá de los lugares infinitamente nostálgicos, como el bar de tango Sorocabana, la seducción perniciosa y poética que ejerce Uruguay, para quien ha crecido en Bretaña, le debe mucho a aquella impresión de viajar en el tiempo sin desplazarse en el espacio. El clima es el mismo y los paisajes, desplegados uniformemente sobre el horizonte del Río de la Plata, recuerdan a aquellos del estuario del río Loria, más o menos a la misma distancia del ecuador, en el otro hemisferio. Los pequeños “balnearios” de la costa atlántica, como La Paloma o Cabo Polonio, yendo hacia el norte y a la frontera con Brasil, se parecen a las estaciones balnearias de L’Océan y de Tharon-Plage de antaño, de los años sesenta, con sus bazares de *souvenirs*, sus pilas de flotadores multicolores y los ramos de redcillas de pescar para niños; sus tiendas de muñecas de conchitas o de barómetros decorativos; sus parterres geométricos de flores en medio de las glorietas pintadas de blanco.

Este pequeño país del Cono Sur donde se habían inventado en el transcurso de unas cuantas décadas la inmensa belleza de *Los cantos de Maldoror* de Lautréamont y la ligereza de *El hombre de la pampa*, de Jules Supervielle (y la de Jules Laforgue también, y “las encantadoras figuras en la

³ *Me souvenant des heureux jours / Je ne veux plus songer qu’au retour / Et près de toi rester pour toujours / Mon merveilleux Montevideo...*

trama de la ilusión universal”, del poeta que murió a los veintisiete años), alimenta un amor inmoderado por un París que no existe en ninguna parte, salvo en Montevideo. No es raro que unos últimos indicios de este “afrancesamiento” del siglo pasado se deslicen todavía en los diarios. Un artículo de *El País*, esa mañana, en la mesa del viejo café, llevaba por título “El sauce llorón de Alfred de Musset”.

Se recordaba en éste el deseo expresado por el poeta de que se plantara un sauce llorón sobre su tumba. Lo cual es una costumbre en Montevideo. Su hermano Paul habría pedido la autorización en Père-Lachaise y Napoleón III habría asumido personalmente los gastos. (Qué trabajo, pensándolo bien, el del emperador de los franceses, tener que lanzar expediciones militares a México o a El Salvador, coordinar misiones científicas sobre los motores de petróleo para los cargueros, plantar sauces llorones sobre la tumba de los poetas...). Pero el emperador no tenía buena mano con las plantas. Siete años después de la muerte del poeta, según el periodista de *El País*, la familia Ascasubi Villa, de Montevideo, había visitado el cementerio parisino y encontrado el sauce en un estado lamentable: “Rosa Jáuregui, la viuda de Brandzen, fue quien envió una planta joven a sus amigos hasta París. Se dice que durante el trayecto el árbol fue objeto de devoción por parte de todos los pasajeros y del capitán Salles, y que se plantó al pie de la sepultura.”

El anticuario, alertado por su vecino, me esperaba estático y con las cejas enmarañadas, sofocado, tras venir quizás a toda prisa hasta la capital desde un pueblo de la periferia, y se irritó al constatar que la fotografía era lo único que me interesaba de todos sus metros cúbicos de baratijas.

Un hombre se había inclinado entre los asientos del teatro, en la oscuridad de la sala del Solís, a media representación, para informar a Baltasar Brum acerca del golpe de Estado.

El automóvil salió precipitadamente del Solís, no lejos del monumento blanco que hoy se erige en honor de

los tres poetas francófonos de la ciudad; montado sobre sus delgadas ruedas, atravesó la Plaza Independencia, se metió a la Avenida 18 de julio, tomó la primera a la izquierda, Andes, la primera a la derecha, Colonia, dejó atrás el cruce con Convención, para estacionarse sobre la calle Río Branco: un trayecto de unos cuantos cientos de metros, y Baltasar Brum se encerró en su casa, donde lo alcanzaron algunos amigos de confianza. Se distribuyeron las armas, quizá con la finalidad de oponerse a la dictadura al día siguiente. O bien por miedo a ser detenidos. Los militares facciosos o la policía pueden llegar de un momento a otro. Suicidio, imposible. No se cargan dos revólveres para suicidarse, sino para enfrentarse.

El alba muy probablemente trae consigo algo de esperanzas. El grupo sale al rellano de la puerta, a unos pasos de la Avenida 18 de julio, donde se esperaría que el pueblo sublevado exigiese el restablecimiento republicano, levantara barricadas. Pero la ciudad permanece silenciosa y los montevideanos, quienes no obstante asistieron por millares al entierro de Baltasar Brum y recorrieron por millares, once años más tarde, esta Avenida 18 de julio para festejar la liberación de París, no reaccionaron al golpe de Estado y dejaron ir la oportunidad. La espera continúa en la calle Río Branco, donde un grupo de curiosos, como buitres, espera la llegada de los hombres de Terra.

La policía viene una primera vez en la mañana para detener al antiguo presidente del Consejo y proponerle exiliarse en Buenos Aires. Intercambio de disparos. Y de nuevo la espera, tan larga que Caruso, el fotógrafo de los tangueros, el autor de algunas de las fotografías más famosas de Carlos Gardel, tiene tiempo de venir a instalar en la banqueta de enfrente su voluminosa cámara, un viejo armatoste sobre un tripié, quizás una caja de madera encebada y una cortina negra, o bien una de las primeras Kodak de fuelle.

Ahora Baltasar Brum está de pie en la escena de la Historia, los revólveres a la altura de los muslos, y comprende

que la representación debe seguir hasta el final. Lleva la cabeza descubierta mientras que todos los hombres que lo rodean, de quienes Caruso decidirá no conservar la imagen (aunque yo descubriré, más tarde, la serie de clichés tomados ese día, en una enciclopedia uruguaya) llevan sombreros de fieltro gris con cintas negras. Su torso está desnudo debajo del traje, mientras que todos los demás llevan camisas blancas, corbatas, chalecos abotonados en los que brillan cadenas de relojes. El tiempo pasa. Es el comienzo de la tarde. La dictadura se ha instalado.

Baltasar Brum voltea lentamente el rostro hacia su hombro izquierdo. En ese instante, ya no es ni presidente ni uruguayo, ni siquiera del siglo xx. Es un hombre que sabe que va a morir en cuestión de segundos y que tiene en los labios una sonrisa. Su mirada está tranquila. Su mente está llena de recuerdos de infancia, del rostro de una muchachita muy joven a quien creía haber olvidado. O bien, hordas de jinetes mongoles irrumpen en China en medio de una nube de polvo dorado. Oficiales rusos en uniforme de gala galopan en los desfiladeros rocosos del Cáucaso. ¿En qué piensan aquellos que van a morir y lo saben, que conocen la fecha y la hora? El dedo índice de su mano derecha está extendido sobre el gatillo del revólver. En ese instante Caruso oprime el obturador de la cámara. Baltasar Brum baja de la banqueta y avanza al centro de la calle. El grupo de mirones se abre y vuelve a cerrarse en torno a él. Baltasar Brum está acostado en un charco de sangre. Seguramente se llama a un médico, por cuestiones de forma. Quizá precisamente a aquel doctor Germán G. Rubio, el bibliófilo, cuyo consultorio está a unos pasos, sobre la Avenida 18 de julio.

Atrás de mí, el anticuario impaciente justificaba su precio y me garantizaba que se trataba de una impresión original, realizada por Caruso en 1933. Mostraba también armarios, cómodas y afirmaba que él mismo había vaciado la casa familiar de la calle Eusebio Valdenegro, donde la viuda de Baltasar Brum se había quedado hasta el final de su vida.

Es cierto que siempre hay viudas que terminan por parecerse entre sí en el culto del muerto de tanto repetir a los historiadores las mismas anécdotas. La de Jacobo Arbenz derrocado en Guatemala en 1954. La de Salvador Allende derrocado en Chile en 1973. La de Brandzen muerto en combate, aquella que envía a navegar por el Atlántico pequeños árboles para que den sombra a la tumba de los poetas franceses...

El chofer del taxi debía de tener unos sesenta años, vestía una camisa de cuadros de manga corta y el bigote tupido de un filósofo alemán en Turín o de un campesino calabrés en Milán. Yo iba sentado adelante, para evitar el confinamiento paranoico de los taxis amarillos con negro de Montevideo en los que se encierra al pasajero al fondo de una jaula acondicionada con una ventanilla abatible para pasar los billetes, con las rodillas aplastadas sobre la placa supuestamente blindada, tapizada con alfombra. Cuando le mostré la fotografía, nos dirigíamos hacia el norte y al Parque del Prado.

Tan pronto Montevideo se aleja del borde del mar, de los departamentos con vista al “Río” de tres mil dólares al mes, de los barrios de Pocitos, de Buceo o de Carrasco, tira muy rápido la toalla. Calles oscuras y polvorientas. Gasolineras. Bodegas. Tiendas de abarrotes ambulantes, en carretas sobre ruedas. Pirámides de sandías y montañas de plátanos. Bolsas de plástico flotaban de nuevo sobre el arroyo del Miguelete, cuyo curso se ensancha río abajo. Se ponía altivo bajo el sol, se apoltronaba en medio del césped y los grandes sauces del Parque del Prado, vivía su momento de gloria efímera en el corazón de *Montevideo la coqueta*, antes de desaparecer por el costado de la refinería, día tras día, desgastado, ensuciado, engullido por las aguas dulces y saladas del Río de la Plata, hasta el *Viejo océano* ducassiano.

En los años treinta de este siglo, las casas de la calle Eusebio Valdenegro todavía estaban casi en el campo, a dos pasos de los huertos irrigados. Sus parques estaban repletos de aves trabajadoras, como si en el Nuevo Mundo cada quien, incluidos los gorriones, tuviesen la obligación de

poner manos a la obra, tanto los “horneros” (*Furnarius rufus*) como los “carpinteros” (*Colaptes campestris*). Recorriamos lentamente la calle de ida y vuelta. Siguiendo las indicaciones del anticuario, había identificado fácilmente la gran casona con los muros maculados de escurrimientos negruzcos, rodeada de hierbas salvajes. La parte trasera del parque abandonado, que en otros tiempos bajaba quizás en una pendiente sutil hacia el arroyo del Miguelete, había sido amputada para construir orillas de cemento.

Banderolas de ropas multicolores se secaban en las ventanas abiertas de lo que parecía haberse convertido en un inmueble colectivo o un *squat*. Estábamos frente a la reja oxidada del portal, cerrado con un candado de bicicleta. Un caballo listo para el matadero, amarrado con una cuerda, nos mostraba sus largos dientes amarillos, vieja bestia inútil cuyas costillas, como los aros de un barril, estiraban el cuero marchito, una especie de lona, y lo hacían parecer, a él, una carreta de emigrantes. En el camino de vuelta, habíamos hablado de Baltasar Brum, cuya historia conocía el chofer. Sin embargo no entendía cómo todas esas personas a su alrededor no habían impedido que se volara los sesos. Encogía los hombros y me tomaba un cigarro, que desaparecía detrás de su gigantesco bigote. La escena le parecía enfática, o cinematográfica, en todo caso inhumana. Y ese fotógrafo, decía, estaba en el límite del no auxilio a una persona en peligro. En los barrios populares, rodeamos a los tipos que quieren jugar a la muerte. No les tomamos fotos. En sus palabras resonaba una envidia oculta, quizás inconsciente, y la negativa de aceptar la existencia de un gesto heroico y gratuito, la necesidad de llevar la muerte de Baltasar Brum al nivel más familiar de las pasiones humanas. Según él, había otra cosa. Ese hombre se habría suicidado de cualquier manera. Con o sin golpe de Estado. Había oído decir en su infancia:

“Dicen que tenía problemas con la mujer...?”

Yo había pensado de nuevo en la Gran Infanta de Castilla, como cada día y de forma asidua, desde hacía dos años. Sentado al frente de un taxi, miraba fijamente la

fotografía colocada sobre mis rodillas, en su pequeño marco dorado de madera, y el rostro de Baltasar Brum a punto de huir, quien parecía preguntarse si la representación no había durado ya demasiado. Si no era hora de los fuegos artificiales y de la coronación.



LA TENTACIÓN DE LAS ARMAS DE FUEGO

Se terminó de imprimir el 31 de marzo de 2016 (a 83 años de la muerte de Baltasar Brum), en los talleres de AVZA DIGITAL, ubicados en Ignacio Allende 105, colonia Guadalupe del Moral, de la Delegación Iztapalapa, C.P. 09300 en la Ciudad de México. El tiraje fue de 1,000 ejemplares que se imprimieron en papel Cultural ahuesado de 90 g/m² a una tinta y cartulina Domtar Lynx Opaque de 270 g/m² para los forros en tres tintas directas.

Para su composición se utilizó la familia SABON (nombre que se debe a Jacques Sabon, fundidor francés que trabajó en Frankfurt con matrices originales de Garamond), diseñada por Jan Tschichold en 1967 para D. Stempel Linotype GmbH und Monotype y Gotham diseñada por Jonathan Hoefler & Tobias Frere-Jones en 2000.

El diseño de portada e interiores fue realizado por Tres laboratorio visual (Jorge Alfonso Brozon y el cuidado de edición estuvo a cargo de Gabriela Said, Diana Goldberg y Rodrigo Fernández de Gortari.

CIUDAD DE MÉXICO, MMXVI